

# Dimensión ecuménica del jubileo

---

*JULIÁN GARCÍA HERNANDO*

Las ideas fundamentales de la Carta apostólica “Tertio Millennio Adveniente” (TMA) son las siguientes: el año dos mil del nacimiento de Cristo debe ser para la Iglesia una ocasión de conversión y de penitencia, ante todo; pero también de fortalecer la fe, de buscar la unidad de los cristianos, de diálogo con otras religiones, de afrontar el desafío de la crisis de civilización, de hacerse voz de todos los pobres del mundo.

Es claro que la Carta tiene diversas lecturas, como aparece a lo largo de este número de la revista “Sinite”, y es evidente que la más frecuentada de todas será la lectura en clave pastoral, la cual será -lo está siendo ya- la más seguida por los pastores de la Iglesia, tanto a nivel de Iglesia católica, como de las otras Confesiones cristianas. Yo voy a prescindir de esa lectura pastoral para centrarme, como se me ha pedido, en la ecuménica.

El mismo texto se define como ecuménico al afirmar: “Bajo el perfil ecuménico será un año muy importante (el año 2000), para dirigir juntos la mirada a Cristo, único Señor, con la intención de llegar a ser en El una sola cosa, según su oración al Padre. La acentuación de la centralidad de Cristo, de la Palabra de Dios y de la fe, no debería dejar de suscitar en los cristianos de otras Confesiones interés y acogida favorable”<sup>1</sup>.

---

<sup>1</sup> TMA, 41.

Por eso, el cardenal Cassidy, presidente del Pontificio Consejo para la unidad de los cristianos dice: “La Carta apostólica traza una preparación para el Gran Jubileo con un carácter expresa y programáticamente cristológico y trinitario, carácter que pueden compartir todos los cristianos y que por eso mismo es ecuménico”<sup>2</sup>.

Sironi, un perito en ecumenismo, interpreta la Carta como “un auténtico y verdadero programa pastoral con perspectiva ecuménica, con la intención de comprometer a todo el pueblo de Dios en la preparación y celebración del Jubileo”<sup>3</sup>.

Para mons. Fortino, subsecretario del Pontificio Consejo para el diálogo ecuménico, en la Carta la dimensión ecuménica es la predominante. Y esto es tener en cuenta la realidad. El Jubileo celebra la venida de Jesucristo, que es el centro de la fe de todos los cristianos. Por tanto, la misma realidad está reclamando una acción conjunta de todos ellos para conmemorar dicho acontecimiento. La Carta presenta de una manera coherente y coordinada la dimensión ecuménica y la articula en tres puntos que son verdaderamente esenciales en la dinámica ecuménica: arrepentimiento, oración y diálogo”<sup>4</sup>.

El texto del Papa se halla, pues, centrado principalmente en la problemática ecuménica. El mismo Papa se lo indicaba a los cardenales en el discurso que les dirigió durante el Consistorio de 13 de julio de 1994, al que fueron convocados precisamente para tratar de estos temas:

---

<sup>2</sup> Cardenal Edward IDRIS CASSIDY, *El jubileo: compromiso en la búsqueda de la Unidad*, en *Tertio Millennio Adveniente, Comentario teológico*, Salamanca 1995, 241.

<sup>3</sup> Enrico María Sironi, *Verso il terzo millennio con anelito ecumenico*, Studi Ecumenici, XIII (julio-septiembre 1996) 386.

<sup>4</sup> Mons. E. Fortino, *Presentación de la TMA en la Reunión de Delegados diocesanos de ecumenismo, celebrada en Madrid los días 4 y 5 de mayo de 1995*.

“Como se desprende del memorándum enviado a vosotros anteriormente, el diálogo ecuménico con toda la actividad que se deriva de él en favor de la unidad de los cristianos, es una de las tareas fundamentales de la Iglesia en la perspectiva del año 2000. A pesar de las opiniones de los que hablan de un estancamiento en este campo, el compromiso ecuménico conserva íntegro su dinamismo. Quiero solamente subrayar un hecho muy elocuente: este año, por primera vez, el “vía crucis” que tuvo lugar en el Coliseo, fue celebrado con las meditaciones preparadas por el Patriarca de Constantinopla”<sup>5</sup>.

Por tanto, hay que decir que el ecumenismo, como preocupación privilegiada del Papa, aparece sembrado a lo largo del texto que comentamos, sobre todo en los números 16, 19, 24, 25, 34, 41, 47, 52, 55 y 56.

## **Ecumenismo y pluralismo religioso**

El ecumenismo parte de un hecho al que trata de hacer desaparecer: el pluralismo religioso intercristiano. Este hecho es constatable por doquier. Lo vemos, lo palpamos, lo sentimos. El mapa religioso del mundo, y me refiero solamente al cristiano, presenta un aspecto muy distinto al deseo manifestado por su Fundador, no sólo en Occidente sino también en Oriente, en el norte y en el sur. Hay un largo empedrado de denominaciones cristianas. El pluralismo religioso es una realidad y se expande por todas partes. Las estadísticas oficiales de los gobiernos, los censos llevados a cabo por la ONU, los archivos particulares de las Iglesias, las noticias aireadas por las agencias de información, dan cuenta de una alarmante atomización religiosa: hablan de la proliferación de Confesiones dentro del cristianismo.

No es menester llegarse al Consejo Ecuménico de las Iglesias (CEI) de Ginebra donde hay inscritas 334 Confesiones distintas como miembros de tal organismo ecuménico. Basta pasearse por las calles de las

---

<sup>5</sup> *Discurso de Juan Pablo II al Colegio Cardenalicio, Ecclesia, 2690 (25 junio 1994) 21.*

ciudades populosas como Nueva York, Londres, París, Roma o Madrid, para contemplar sus templos, sus lugares de culto, para sufrir el triste espectáculo de la desunión. Podemos acercarnos al Ministerio de Justicia español en Madrid, a la sección correspondiente a asuntos religiosos, y pedir el catálogo de las distintas Confesiones cristianas en él inscritas y quedaríamos asombrados, sin contar el abultado número de religiones no cristianas y de los nuevos movimientos religiosos y sectas oficialmente reconocidos.

Los cerca de dos mil millones de cristianos que actualmente poblamos el mundo, repetimos igualmente al rezar el Credo, el Símbolo Niceno-constantinopolitano: “Creo en la Iglesia que es una, santa...”. En efecto, Cristo funda una Iglesia y la quiere una. El Señor envió a sus apóstoles para que la expandieran por todo el mundo conservando su unidad. “Si de una manera trascendente y misteriosa, en tanto que es de Dios, se conserva esa prerrogativa de la unidad, pero los hombres, dice Dom Oliver Rousseau, en tanto que hombres y criaturas imperfectas, han dividido ese bien incomparable y desde hace siglos muchos cristianos están en desacuerdo los unos con los otros; se hallan en estado de división, de separación, de desunión”.

No es éste el lugar para tratar con detenimiento el origen y desarrollo de tantas secesiones como se han dado a lo largo de la historia de la Iglesia. Hay una ciencia especial que tiene ese cometido: la historia de las separaciones. La mayor parte de ellas, florecientes en otros tiempos, han pasado de largo sin dejar constancia en la actualidad; otras están en vísperas de superar la división por poderse creer suficientemente maduras para incorporarse a la Iglesia católica o a las Iglesias ortodoxas. Me refiero a las Iglesias nestorianas y monofisitas, que tuvieron origen en los tiempos primitivos de la Iglesia por negarse al reconocimiento de lo estatuido por los primeros Concilios. Hoy día, por efecto de los diálogos teológicos interconfesionales, como han manifestado sus principales líderes en recientes visitas al papa, no tienen dificultad en aceptar la doctrina de aquellas Asambleas ecuménicas.

Otras, en cambio, aunque se manifiestan partidarias del diálogo ecuménico, se hallan más distantes respecto a la Iglesia católica. Pero llevan el nombre de cristianos y realmente lo son por seguir los puntos fundamentales de las enseñanzas de Jesucristo. Se reúnen en el CEI. Son hermanos nuestros sus seguidores y, por eso, debemos conocerlos y amarlos.

## **Valoración del pluralismo religioso**

¿Qué pensar del pluralismo religioso intercristiano? ¿Es positivo o negativo? Es conveniente hacerse esta pregunta porque nuestros oídos están acostumbrados a oír las alabanzas que constantemente y por doquier se hacen del pluralismo. Y no hay duda de que es beneficioso en determinadas áreas de la vida, como puede ser la cultura, la política, en la que es preferible que haya diversos partidos en lugar de uno solo. Conveniente es que haya diversas escuelas filosóficas, artísticas, pictóricas, etc. Pero, tratándose del fenómeno religioso, hay que decir rotundamente que no, al menos respecto al pluralismo intercristiano, al que me estoy refiriendo.

En ese sentido se manifiesta Juan Pablo II, quien al tratar de valorar el fenómeno del pluralismo religioso y, asumiendo la doctrina del Vaticano II sobre el particular, dice de una manera tajante:

“Entre los pecados que exigen un mayor compromiso de penitencia y de conversión han de citarse ciertamente aquellos que han dañado la unidad querida por Dios para su pueblo. A lo largo de los mil años que se están concluyendo, aún más que en el primer milenio, la comunión eclesial ‘a veces no sin culpa de los hombres por ambas partes’ (UR, 3), ha conocido dolorosas laceraciones que contradicen abiertamente la voluntad de Cristo y son un escándalo para el mundo. Desgraciadamente estos pecados del pasado hacen sentir todavía su peso y permanecen como tentaciones del presente. Es menester hacer enmienda, invocando con fuerza el perdón de Cristo”<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> TMA, 34.

La división eclesial, por tanto, es un pecado. El Papa quiere que la Iglesia tome conciencia de esta seria situación; es una situación de pecado. Y esta triste afirmación está apoyada en la triple aseveración del Vaticano II, que por otra parte a cualquiera que sienta sobre sus espaldas el peso de la preocupación eclesial, resulta de una obviedad meridiana. Pecado porque va contra la voluntad de Cristo, que funda una Iglesia y la quiere una. En segundo lugar, porque las divisiones de los cristianos escandalizan al mundo que las contemplan. Cualquiera que haya visitado los Santos Lugares en Tierra Santa y haya entrado en el Santo Sepulcro de Jerusalén, quizá haya podido ver con sus propios ojos las escenas que cuentan los peregrinos y que escribe detalladamente J.M. Gironella en su libro *El escándalo de Tierra Santa*; católicos y ortodoxos disputándose sañudamente el Sepulcro del Señor y teniendo que ser invitados a guardar el orden por soldados ajenos a la fe cristiana, con el consiguiente escándalo de quienes nos contemplan desde la otra orilla, de los que se hallan al otro lado del cristianismo.

En tercer lugar, es pecado contra la Iglesia y de la Iglesia, por que es “un obstáculo a la evangelización del mundo”. Es evidente que el punto de mira del Papa en todas sus preocupaciones apostólicas es el de la evangelización del mundo. Ha movilizado a la Iglesia en una programación de lo que él ha llamado “la nueva evangelización”. La evangelización es una preocupación constante de todas las Iglesias. La Anglicana ha lanzado una campaña respecto a “una década para la evangelización”. Otro tanto hacen las Iglesias ortodoxas, particularmente aquellas que casi acaban de salir de las garras del comunismo, durante el cual les fue prohibida toda acción pastoral y apostólica.

Precisamente en el año 1910, un grupo de misioneros protestantes que llevaban años dedicados a la predicación del Evangelio en tierras entonces llamadas “de la infidelidad”, al ver las dificultades enormes con que tropezaban en el cumplimiento de su acción misionera, se dieron cita en la ciudad escocesa de Edimburgo.

Cuando tenían encima de la mesa la problemática de su reunión, se oyó una voz, sin que se sepa quién la lanzó y es mejor que no se sepa, porque así aparece más como una voz verdaderamente profética. Se sabe que procedía de un misionero llegado desde las tierras del Extremo Oriente y dijo lo siguiente:

“Nosotros, los que venimos de las jóvenes cristiandades del Extremo Oriente, os estamos extraordinariamente agradecidos a vosotros, los que venís de las viejas cristiandades de Europa porque habéis venido a traernos el mensaje de Cristo. ¡Gracias por ello! Pero al mismo tiempo nos habéis metido vuestras propias divisiones, porque unos predicáis el anglicanismo, otros el metodismo, otros el luteranismo o el congregacionalismo. ¡Por favor, predicadnos únicamente a Cristo. Así surgirá la Iglesia de Cristo en la India, en China o en el Japón, libre de todos esos ‘ismos’, con que vosotros matriculáis vuestras divisiones”.

Aquellas palabras fueron como un latigazo en el rostro de aquellos buenos misioneros que, aturdidos, comenzaron a preguntarse: ¿Qué podemos hacer para acabar con esta triste situación de división? La intervención del innominado misionero de Oriente fue como una bomba que, al explotar, produjo un embudo profundo del que brotó el río que ha llegado hasta nosotros y que llamamos “ecumenismo”. En aquel momento suele situarse el nacimiento del movimiento ecuménico.

Las serias dificultades que la división de los cristianos causaba a la evangelización y a la misión fueron la bomba de relojería que, al explotar, hizo brotar el rico caudal del ecumenismo.

### **¿Qué se entiende por ecumenismo?**

Es sumamente importante conocer lo que es el ecumenismo y, para ello, nada mejor que dar una definición del mismo, porque hay muchos individuos que tienen un concepto equivocado de lo que es. Frecuentemente nos encontramos con personas, incluso de Iglesia, que tienen

recelo del ecumenismo y así lo manifiestan sin reparos, porque creen que comporta una pérdida de la identidad católica o que es un compromiso peligroso.

Toda definición es difícil de dar, porque definir una cosa es ponerla un marco en el que ella y solamente ella quepa. Definir un movimiento es todavía más difícil, porque la definición, por esencia, tiende a ser estática y el movimiento necesariamente es dinámico. Máxime cuando se trata de definir un movimiento como el ecuménico, que está siendo promovido e impulsado por el Espíritu Santo.

En ocasiones, para matizar más lo que es una cosa, se echa mano de las definiciones negativas, diciendo precisamente lo que no es, para, por vía de exclusión, llegar a un conocimiento más exacto de la cosa en cuestión. Teniendo esto en cuenta diré que el ecumenismo:

\* No es una religión nueva. Constantemente están apareciendo novedades en el campo de las religiones. Lo religioso es sumamente apto para la elucubración y la fantasía. En nuestros días andan ahí numerosos fundadores de sectas y de nuevas religiones. Y esto es tan normal que la expresión “nuevas religiones” ha adquirido ya carta de naturaleza. Por eso es conveniente precisar que el ecumenismo no es una religión nueva.

\* No es un precipitado de diversas religiones o un sincretismo religioso. No es una amalgama indiscriminada de elementos diversos sin articulación ni estructuración, que pueda conducir a una actitud de indiferencia respecto a cualquiera de las Confesiones cristianas. El ecumenismo no puede ser como “un mercado de las religiones”.

\* No es una mezcla o una combinación de las diferentes familias confesionales, en que desaparezcan éstas para formar una esencialmente distinta.

\* El ecumenismo no es una federación, más o menos imprecisa, de Iglesias, basada en unos cuantos puntos comunes y sostenida por un ambiente de tolerancia mutua.

\* No es una super-Iglesia, cuya finalidad consiste en proteger y abrazar a las cuatro grandes ramas del cristianismo: Ortodoxia, anglicanismo, protestantismo y catolicismo, en una convivencia pacífica y con unos principios de mera tolerancia mutua y de colaboración.

\* No es una actividad diplomática, sino una actitud esencialmente cristiana, como lo son el apostolado y la misión. No es una empresa humana, que pueda confiarse a los criterios de la humana prudencia, sino que es un movimiento sobrenatural, promovido, alentado y sostenido por el Espíritu Santo.

Una definición precisa y completa podría ser la siguiente: El ecumenismo es “una marcha hacia la Unidad por la oración, la colaboración, la renovación y el diálogo para la misión”.

Es menester subrayar en esta definición las preposiciones *hacia*, *por* y *para*. En ellas se indica el objetivo de la acción ecuménica, que no es otro sino la consecución de la unidad entre las Iglesias. Se señalan, asimismo, los medios para alcanzar tal fin: la oración, la conversión, el diálogo y la colaboración. Indica, además, el fin último de la acción ecuménica, la cual no termina en sí misma sino que es una etapa hacia la meta definitiva: la conquista del mundo para Cristo; es decir, la misión, la evangelización del mundo.

El Papa Juan Pablo II, que ha hablado, como ningún otro Pontífice lo ha hecho, sobre el movimiento ecuménico en multitud de sus escritos, particularmente en los dos maravillosos documentos magisteriales, la encíclica “*Ut unum sint*” y la Carta apostólica “*Tertio Millennio Adveniente*”, que estamos comentando, tiene infinitos textos en la línea de lo que acabamos de indicar, en las numerosas descripciones que del ecumenismo ha hecho.

## **La Unidad rota**

Un hecho triste en la historia de la Iglesia es que la unidad dada por Cristo a su Iglesia se halla rota por las divisiones intestinas entre los cristianos y, por ello, ha perdido en parte su fecundidad apostólica y evangelizadora. Esta, como dice el Decreto “Unitatis Redintegratio” se halla obnubilada. Este triste fenómeno ha sido causado por el pecado de los cristianos, en el que se incluye el pecado de la Iglesia misma.

Este es un tema extraordinariamente importante, al que el Papa dedica varias páginas de su Carta apostólica. Juan Pablo II pasará a la historia de la Iglesia como el Pontífice que más ha escrito sobre el tema ecuménico, dejando a lo largo de su ministerio docente un cuerpo de doctrina ecuménica verdaderamente maravilloso. Siente profundamente el dolor de las divisiones y quiere compartir con los católicos y con los demás cristianos este dolor.

Las exigencias del Jubileo, al que los cristianos están convocados, obligan a éstos, para entrar debidamente en el mismo, a descalzarse de todas sus faltas, pero principalmente de dos clases de pecados, que están exigiendo un mayor compromiso de penitencia y de conversión: el pecado de las divisiones y el de la violencia y la intolerancia:

“Entre los pecados que exigen mayor compromiso de penitencia y de conversión han de citarse aquellos que han dañado la unidad querida por Dios para su pueblo. A lo largo de los mil años, que están concluyendo aún más que en el primer milenio, la comunidad eclesial, ‘a veces no sin culpa de los hombres por ambas partes’, ha conocido dolorosas laceraciones, que contradicen abiertamente la voluntad de Cristo y son un escándalo para el mundo”<sup>7</sup>.

---

<sup>7</sup> TMA, 34.

Es claro que podrían aducirse como testigos acusantes las historias de las diversas secesiones que han tenido lugar a lo largo de este siglo, que ya está terminando. No es necesario enumerarlas ya que todos las conocemos. Lo que sí importa es tener en cuenta el juicio de valor que sobre estos sucesos arroja el Papa:

“Tales sucesos a veces han tenido lugar no sin culpa de los hombres por ambas partes. Desgraciadamente estos sucesos del pasado hacen sentir todavía su peso y permanecen como tentaciones del presente. Es necesario hacer enmienda, invocando con fuerza el perdón de Cristo”<sup>8</sup>.

El Papa hace alusión a los pecados de intolerancia y de violencia cometidos por la Iglesia en el transcurso de su historia, como son los procesos inquisitoriales, los métodos coercitivos ejercidos con determinados personajes históricos, cuya memoria se trata de reivindicar en el momento presente, como pueden ser las condenaciones de Savonarola, Giordano Bruno y otras similares:

“Otro capítulo doloroso sobre el que los hijos de la Iglesia deben volver con ánimo abierto al arrepentimiento, está constituido por la aquiescencia manifestada, especialmente en algunos siglos, con métodos de intolerancia e incluso violencia en el servicio de la verdad”<sup>9</sup>.

## **Pecados de nuestro tiempo**

Pero se nos puede ocurrir la pregunta que le acechaba al P. Cottier al ocuparse de estos temas:

“¿Por qué mirar al pasado? ¿No se corre el riesgo de favorecer una actitud culpabilizadora estéril y malsana? ¿No estamos obrando en

---

<sup>8</sup> TMA, 34.

<sup>9</sup> TMA, 35.

contra de la actitud que recomendaba el Papa Juan XXIII cuando, ante la contemplación del hecho de las divisiones, exclamaba: ‘No nos entretengamos en buscar quién tuvo más o menos culpa. Compartamos las responsabilidades. Unámonos’”

Se nos viene a las mientes la respuesta que el mismo Cottier daba a esta pregunta, diciendo que “el peligro deja de existir desde el mismo momento en que se precisan con claridad las relaciones de la Iglesia con los pecados de sus hijos, por un lado, y con su propia historia por el otro”, conforme a lo que dice la Carta del Papa: “La Iglesia, aún siendo santa por su incorporación a Cristo, no se cansa de hacer penitencia: ella reconoce siempre como suyos, delante de Dios y delante de los hombres, a los hijos pecadores... Afirma al respecto la “*Lumen Gentium*”: “La Iglesia, abrazando en su seno a los pecadores, es a la vez santa y siempre necesitada de purificación y busca sin cesar la conversión y la renovación”<sup>10</sup>.

El Papa quiere que nos fijemos, sobre todo, en los pecados de nuestro tiempo. El núm. 36 de la TMA contiene una enumeración impresionante de temas, sobre los que nos invita a meditar para que esta reflexión nos conduzca hacia la conversión. Me detendré solamente en dos de los principales aspectos de la mentalidad contemporánea predominante, como son el secularismo y el relativismo ético.

La indiferencia religiosa lleva a muchos hombres de nuestro tiempo a vivir como si Dios no existiera o a contentarse con una religiosidad tan vaga que rehuye la confrontación con la verdad. Se observa, además, una pérdida de la “trascendencia de la existencia humana”, es decir, el sentido de la persona; en consecuencia cunde la desorientación en el campo ético, incluso en lo que se refiere a los valores fundamentales del respeto a la vida y a la familia.

---

<sup>10</sup> *LG*, 8.

Es a todas luces evidente que una de las características de nuestro tiempo es el ateísmo o, al menos, el indiferentismo religioso, que nos hace pensar con Rino Fisichella que “no nos damos cuenta (los clérigos) de que el público nos ha dejado y de que la sala se nos ha quedado vacía”<sup>11</sup>.

Ante estos fenómenos tan reales como alarmantes de la sociedad contemporánea, quiere el Papa que los cristianos se pregunten: “¿Qué parte de responsabilidad deben reconocer también ellos, frente a la desbordante irreligiosidad, por no haber manifestado el genuino rostro de Cristo, a causa de los defectos de su vida religiosa, moral y social?”<sup>12</sup>.

## **Examen de conciencia sobre la recepción del Vaticano II**

Para mí éste es uno de los capítulos más impresionantemente exigentes que el Papa lanza a todos los católicos como tema de examen de sus culpas y de su responsabilidad respecto a la triste situación del mundo actual. Quizá el Papa sienta nostalgia del Vaticano II, aquel concilio maravilloso, que suscitó tantas esperanzas, y que todavía está sin cumplir en no pocos de los capítulos más importantes de su magisterio. Juan Pablo II hace un repaso de estos fallos e invita a los católicos a que hagan otro tanto.

Al preguntarse qué es lo que se debe hacer respecto al futuro, el Papa vuelve su vista atrás, a la doctrina conciliar y ve en ella y en su cumplimiento el mejor antídoto a los males que azotan al mundo contemporáneo, y a cuya solución debe aplicarse la Iglesia si quiere ser fiel a su misión.

En el núm. 19 de la Carta apostólica hace una descripción preciosa de las características principales de cada uno de los documentos conciliares,

---

<sup>11</sup> Rino Fisichella, *La Iglesia ante la conversión. Comentario teológico pastoral del Consejo de Presidencia del Jubileo*, Sígueme, Salamanca 1995, 148.

<sup>12</sup> *TMA*, 36.

que debiéramos tener siempre presentes delante de nuestros ojos para poder contemplarnos en ellos. No faltarán quienes sientan extrañeza al observar que el Papa llama la atención sobre la falta de la debida recepción de las enseñanzas del Vaticano II y apunta en concreto a las líneas maestras de su contenido programático. Voy a citar gran parte del núm. 36, que abarca una reflexión sobre varios puntos que, a primera vista, pudiera parecer que no dicen relación con el tema del ecumenismo, pero en realidad la tienen porque todo el Vaticano II, al ser un concilio de reforma, es plenamente ecuménico:

“El examen de conciencia, dice el Papa, debe mirar también a la recepción del Concilio, este gran don del Espíritu a la Iglesia al final del segundo milenio. ¿En qué medida la Palabra de Dios ha llegado a ser plenamente el alma de la teología y la inspiradora de toda la existencia cristiana, como pedía la *Dei Verbum*? ¿Se consolida en la Iglesia universal y en las Iglesias particulares la ‘eclesiología de comunión’ de la *Lumen Gentium*, dando espacio a los carismas, a los ministerios, a las varias formas de participación del pueblo de Dios, aunque sin admitir un democraticismo y un sociologismo, que no reflejan la visión católica de la Iglesia y el auténtico espíritu del Vaticano II? Un interrogante fundamental debe también plantearse sobre el estilo de las relaciones entre la Iglesia y el mundo. Las directrices conciliares presentes en la *Gaudium et Spes* y en otros documentos -de un diálogo abierto, respetuoso y cordial- acompañado sin embargo por un atento discernimiento y por el valiente testimonio de la verdad, siguen siendo válidas y nos llaman a un compromiso ulterior”<sup>13</sup>.

### Nuestro comportamiento

Contemplando la situación de la unidad rota y viendo las exigencias imperiosas de llegar a restañarla de cara al cambio de la situación

---

<sup>13</sup> TMA, 36.

religiosa del mundo en que nos ha tocado actuar, es menester hacerse las siguientes reflexiones:

*a) Valor de la Unidad*

Es necesario reconocer el coste de la pérdida sufrida frente al valor de la unidad perdida, principalmente desde su potencialidad evangelizadora y misionera. El Concilio tuvo un gran empeño en inculcar esta convicción en la conciencia del pueblo católico, a través del decreto sobre el ecumenismo y la Iglesia lo ha promovido posteriormente mediante el Directorio ecuménico y otros textos aledaños a los anteriores, pero este efecto, por desgracia todavía no se ha conseguido, no sólo a nivel de pueblo de Dios sino a nivel de pastores de la Iglesia en sus diferentes niveles.

Causa rubor que el ecumenismo todavía no haya entrado a formar parte del plan de estudios de la mayor parte de los seminarios y de diversas universidades eclesíásticas. Teniendo esto en cuenta, es explicable que su enseñanza no haya descendido hasta los grupos catequéticos y las reuniones de formación del pueblo de Dios.

Pero no es porque el Papa no nos apremie en este sentido. En el texto que estamos estudiando se nos dice: “La reflexión de los fieles en el segundo año de preparación (al Jubileo) deberá centrarse con particular solicitud sobre el valor de la unidad”.

“En esta última etapa del milenio, la Iglesia debe dirigirse con una súplica más sentida al Espíritu Santo, implorando de él la gracia de la unión de los cristianos. Es este un problema crucial para el testimonio evangélico en el mundo. Especialmente después del Vaticano II han sido muchas las iniciativas ecuménicas emprendidas con generosidad y empeño”<sup>14</sup>.

---

<sup>14</sup> TMA, 34.

Es cierto, pero han sido insuficientes hasta la hora que estamos viviendo.

### *b) Conversión*

Ante la llegada del próximo milenio el Papa quiere que los católicos se examinen, a la luz del Evangelio, de las faltas que hayan cometido:

“Así es justo que, mientras el segundo milenio del cristianismo llega a su fin, la Iglesia asuma con una conciencia más viva el pecado de sus hijos, recordando todas las circunstancias en las que, a lo largo de la historia, se han alejado del espíritu de Cristo y de su Evangelio, ofreciendo al mundo, en vez de una vida inspirada en los valores de la fe, un espectáculo de modos de pensar y actuar que era verdaderamente formas de antitestimonio y de escándalo”<sup>15</sup>.

El tema de la conversión de los cristianos en el terreno de sus divisiones es uno de los favoritos en la temática ecuménica del momento actual. Hay documentos extraordinariamente valiosos en el diálogo ecuménico interconfesional, dedicados exclusivamente a esta cuestión como el llamado “Documento de Dombes”, en el que se recogen las reflexiones de teólogos católicos, anglicanos, luteranos y reformados francófonos de Suiza, Bélgica y de la misma Francia. No son solamente los cristianos quienes han de convertirse sino también las Iglesias en cuanto tales. Cierto que algunas están haciendo verdaderos esfuerzos en este sentido, pero no suficientes para llegar a la consecución del objetivo.

### *c) Petición de perdón*

Hay una frase de oro en la nomenclatura ecuménica debida al Papa Juan XXIII, dirigida a los cristianos de cualquiera de las Iglesias, pero especialmente referida a los católicos. El hecho de la separación, que en

---

<sup>15</sup> TMA, 33

sí mismo es un pecado, es a su vez fruto del pecado. Si analizamos desde el punto de vista histórico cualquier hecho separacional, veremos que ha sido efecto de un pecado de soberbia, de vanagloria, de inmoralidad, de falta de paciencia, etc. Por eso la antedicha frase de aquel Papa viene como anillo al dedo en la reflexión sobre el pecado de las separaciones: “No examinemos quién tuvo más culpa. Compartamos las responsabilidades. ¡Unámonos!”.

“El Jubileo, dice Juan Pablo II, es para la Iglesia un año de gracia, año de perdón de los pecados y de las penas por los pecados, año de reconciliación entre los adversarios”<sup>16</sup>.

Ya Pablo VI pidió públicamente perdón a los hermanos cristianos dentro del concilio. La Iglesia, reunida en Asamblea conciliar, ha pedido perdón a los otros cristianos en un texto oficialmente aprobado y que es normativo de toda su actividad pastoral en la temática ecuménica como es el Decreto de ecumenismo. Pero esta actitud no es propia o exclusiva de nuestros días. Ya en su tiempo el Papa Adriano VI, que pasó como un meteoro por el cielo de la Iglesia, cuando envió a su Nuncio Chierigati a la Dieta de Nürenberg, para el diálogo con los príncipes protestantes, le dio la siguiente encomienda: “Y di a aquellos señores que Dios ha permitido esta desgracia (la separación eclesial) a causa de nuestros pecados, particularmente de los sacerdotes y de los obispos”<sup>17</sup>.

Petición de perdón que el entonces presidente del Secretariado nacional de ecumenismo de España, mons. Antonio Briva, hizo en el Sínodo de la Iglesia evangélica española, celebrado en Logroño en 1973, al que fue invitado por la misma:

---

<sup>16</sup> TMA, 14.

<sup>17</sup> L. CRISTIANI, en *Historia de la Iglesia*, FLICHE-MARTIN, vol. XIX, Edicep, Valencia 1976, 16-18.

“Queridos hermanos, en este momento solemne, en que por primera vez un obispo católico toma parte en las sesiones de vuestro Sínodo, yo tengo presentes las faltas que nosotros, los católicos, hemos cometido en el servicio del Señor, en la prestación de un testimonio de autenticidad cristiana, en la humilde proclamación del Evangelio; pero, sobre todo, os tengo a vosotros presentes y en vosotros evoco las actitudes de recelo y desconfianza de los católicos españoles a través de los tiempos; contemplo los sufrimientos vuestros y de vuestros antepasados bebidos en el silencio y debidos a la situación socioreligiosa de una nación mayoritariamente católica que, en ocasiones -no investigamos las causas, que, en definitiva, sólo Dios conoce- no supo comprenderos. Por eso no dudo en hacer mías las palabras del Vaticano II, aplicadas a nosotros mismos, pedimos humildemente perdón a Dios y a los hermanos separados, así como nosotros perdonamos a quienes nos hubieran ofendido”<sup>18</sup>.

#### d) *Reconciliación*

La mutua petición de perdón ofertada y aceptada desemboca en la reconciliación, que es la bocana para entrar en el puerto de la unidad. Hoy día el mundo de las relaciones interconfesionales, al menos a nivel europeo, está cruzado por las palomas de la reconciliación. La próxima gran Asamblea ecuménica europea a celebrar en Graz (Austria, del 23 al 29 de junio), lleva por título *La reconciliación, don de Dios y fuente de vida nueva*. En ella las Iglesias de Europa darán un paso importante hacia la mutua reconciliación. Este mismo fue el tema de la semana de oración por la unidad de los cristianos del pasado mes de enero.

Pero la reconciliación tiene su dinámica especial. No consiste solamente en la supresión de las excomuniones, como se hizo en su tiempo entre católicos y ortodoxos al finalizar el Concilio. Algo parecido, aunque no exactamente lo mismo, se hizo en el Documento firmado entre católicos

---

<sup>18</sup> ANTONIO BRIVA, Obispo de Astorga, *La verdad en el amor. Escritos pastorales* (1967-1992), Astorga 1992, 283.

y protestantes en 1985 sobre la revisión de los anatemas lanzados en el siglo XVI.

La reconciliación consiste en algo más profundo, en desnudarse de los sentimientos de menosprecio y de autosuficiencia respecto a los otros hermanos, en desprenderse de los prejuicios concebidos con relación a los otros cristianos, en la superación de los resentimientos y de los odios cultivados durante tanto tiempo; en una palabra, en lo que la terminología ecuménica denomina con la expresión “purificación de la memoria”, para que ésta no sea obstáculo en el avance hacia la unidad.

El Boletín informativo semanal del Consejo Ecuménico de las Iglesias (ENI, 26 marzo 1997) publica que la Conferencia Episcopal Italiana, mediante altos representantes, ha pedido perdón a la Iglesia valdense por los “sufrimientos y las heridas infligidas a esta minoría evangélica a través de los siglos”. ¿No sería posible y conveniente un signo parecido en relación con los protestantes de nuestro país por parte de la Conferencia Episcopal Española?

Todos estos son gestos profundamente significativos que caen dentro del espíritu de acercamiento mutuo promovido por la Carta apostólica del Papa.

Por otro lado, hay que tener en cuenta que el proceso de conversión de cara a la reconciliación no debe terminar en la conversión de los individuos. Ha de afectar también a las estructuras. He ahí la gran preocupación del Sumo Pontífice en el momento actual, por lo que al modo de ejercer el ministerio de Pedro se refiere. El mismo se hace eco, de una manera verdaderamente patética, de esta necesidad en su encíclica ecuménica:

“Estoy convencido de tener al respecto una responsabilidad particular, sobre todo al constatar la aspiración ecuménica de la mayor parte de las Comunidades cristianas y al escuchar la petición que se me dirige de encontrar una forma del

ejercicio del primado que, sin renunciar de ningún modo a lo esencial de su misión, se abra a una situación nueva”<sup>19</sup>.

Esta llamada de ayuda lanzada por Juan Pablo II de cara a la búsqueda de modos nuevos en el ejercicio del primado de Pedro está teniendo respuestas verdaderamente interesantes, algunas de ellas comprometedoras, tanto de parte católica como de otros hermanos cristianos en el deseo común de llegar a la unidad eclesial.

*¿Qué hacer?*

A esta pregunta inquietante y comprometedora se halla respuesta en la antedicha definición del ecumenismo, abundantemente recogida en la Tertio Millennio Adveniente:

*\* La oración en primer lugar.*

Todos los ecumenistas de raza están verdaderamente convencidos de que, para llegar a la restauración de la Unidad, se necesita un milagro. Los milagros sólo Dios los realiza. Pero a Dios tenemos acceso mediante la oración. Muchas veces, a lo largo de sus múltiples intervenciones, en sus discursos y homilías, el Papa lo ha dicho. También insiste en lo mismo en la Carta apostólica de cara al Jubileo del año 2000:

“Sin embargo, todos somos conscientes de que el logro de esta meta (la unidad) no puede ser sólo un fruto de los esfuerzos humanos, aún siendo éstos indispensables. La Unidad en definitiva es un don del Espíritu Santo. A nosotros se nos pide secundar este don, sin caer en ligerezas ni reticencias al testimoniar la verdad, sino más bien actuando generosamente según las directrices trazadas por el Concilio y por los sucesivos documentos de la Santa

---

<sup>19</sup> *Ut unum sint*, 95.

Sede, apreciados también por muchos cristianos que no están en plena comunión con la Iglesia católica”<sup>20</sup>.

\* *Otras iniciativas*

En diversos lugares de la TMA el Papa sugiere otras iniciativas a tener en cuenta para alcanzar la meta de la Unidad. Entre ellas hace referencia a la necesidad de proseguir los diálogos teológicos felizmente emprendidos y un tanto paralizados en el momento presente, debido a distintas circunstancias que no son del caso enumerar. “Es necesario al respecto un enorme esfuerzo. Hay que proseguir en el diálogo doctrinal”<sup>21</sup>.

Es verdad que el diálogo interconfesional ha sido verdaderamente fructífero, pero todavía no ha alcanzado las cotas a las que está llamado a llegar. Después de treinta años de conversaciones teológicas, por medio de las cuales, comenta el cardenal Cassidy, presidente del Pontificio Consejo para la promoción de la unidad, “se han alcanzado cotas elevadas de convergencia sobre algunos puntos importantes discutidos en el pasado, se han identificado mejor y se han situado en su justo contexto las verdaderas diferencias. Ahora es preciso afrontarlas con mayor lucidez y con espíritu de fe. La continuación del diálogo doctrinal será cada vez más exigente y tendrá que ir acompañada de la oración coral del pueblo de Dios”<sup>22</sup>.

La Iglesia católica mantiene en la actualidad diálogo doctrinal con las Iglesias precalcedonenses, la ortodoxa, el anglicanismo, el luteranismo, las Iglesias reformadas, los metodistas, pentecostales, bautistas, y algunos otros grupos minoritarios.

---

<sup>20</sup> TMA, 34.

<sup>21</sup> TMA, 34.

<sup>22</sup> Cardenal Cassidy, *El Jubileo, compromiso en la búsqueda de la Unidad*, Boletín Informativo de la CERL, 50 (diciembre 1966) 8.

\* *La colaboración*

Afronta, además, el Papa, una de las principales posibilidades que se presentan en el campo ecuménico, la de la colaboración: “Esta es una de las principales razones para trabajar sin tregua ni descanso por la Unidad, que es el campo inmenso de la colaboración”. A describirla con detenimiento dedica el Directorio ecuménico los nn. 161-218, de tal manera que, como reconoce el Papa, la colaboración debe impregnar toda la acción de las Iglesias:

“Se puede decir que toda la actividad de las Iglesias locales y toda la actividad apostólica ha asumido estos años un carácter ecuménico”<sup>23</sup>.

Esto, que es cierto considerado en sí mismo, no ha conseguido alcanzar las metas anheladas por la ya lejana Asamblea de Lund del Consejo Ecuménico de las Iglesias, que decía: “Debemos hacer juntos todo aquello a lo que la propia conciencia no nos obligue a hacer por separado”.

La realidad, en cambio, es muy diferente. Nos estamos comportando tan distanciadamente los unos de los otros, como si casi no tuviéramos nada en común. Bien pudiera decirse que toda actuación por separado es una especie de antitestimonio. Como toda colaboración es un paso hacia la unidad y una manifestación del amor que mutuamente se tienen los cristianos. Loable es la noticia que nos da la prensa de hoy de que católicos y evangélicos de Alemania critican juntos los excesos de la economía de mercado neoliberal y sus consecuencias sobre la “ruptura social”, que amenaza al país en las presentes circunstancias de crisis económica.

Loable es la determinación de católicos y protestantes franceses de pedir a los países del llamado “primer mundo” que, como acto importante de cara al tercer milenio, condonen la deuda de los países del “tercer mundo”. Pausible es el esfuerzo que todas las Iglesias de Europa están

---

<sup>23</sup> TMA, 34.

realizando en el momento presente de cara a su Segunda Asamblea Ecu­ménica, que tendrá lugar en Graz, de la que quieren sacar un propósito sincero de caminar en el futuro por los caminos de la reconcilia­ción en todas las dimensiones en que ésta puede y debe ser entendida.

### **Respuesta de los otros cristianos a la invitación del Papa**

La Carta apostólica se dirige principalmente a los católicos, pero en ella también están referenciados los cristianos de otras Confesiones e incluso los de otras religiones, particularmente los judíos y musulmanes.

La respuesta que a la Carta han dado protestantes y ortodoxos no ha sido extraordinariamente exultante, pero sí suficientemente correcta. Hay que tener en cuenta que en el mundo cristiano acatólico no se ve con buenos ojos lo que consideran protagonismo excesivo del Papa. Es un auténtico líder, que en sus viajes apostólicos arrastra multitudes ingentes de personas y que ejerce un influjo enorme en los ambientes internacionales y políticos. Y muchos cristianos le contemplan con cierto recelo. Además, a los protestantes en general la celebración jubilar les trae a la memoria el tema de las indulgencias, al que, por motivos obvios, son alérgicos. No obstante es de esperar que, dada la buena voluntad de unos y otros, de caminar hacia la unidad plena y a pesar de la lentitud con que los grandes organismos proceden para sus tomas de postura, se llegará a una celebración conjunta, que sea verdaderamente satisfactoria.

Así lo quiere Juan Pablo II: “Deseo que el Jubileo sea la ocasión adecuada para una colaboración fructífera en la puesta en común de tantas cosas que nos unen y que son ciertamente más que las que nos separan... El Jubileo tendrá más fuerza si se testimonia ante el mundo la decidida voluntad de todos los discípulos de Cristo de conseguir lo más pronto posible la plena unidad en la certeza de que ‘nada es imposible para Dios’”<sup>24</sup>.

---

<sup>24</sup> TMA, 16.

De hecho la Comisión Ecuménica del Vaticano ha establecido contactos con las otras Iglesias y Comunidades, creándose un Comité mixto de trabajo, que ha empezado a trabajar muy activamente. Hay una propuesta concreta de que el año 2000 se pueda celebrar un encuentro pan-cristiano para confesar públicamente los cristianos su fe común en Jesucristo y en la Santísima Trinidad.

A su vez el Secretario general del Consejo Ecuménico de las Iglesias, Konrad Raiser, en su última visita al Papa, estudió juntamente con él la preparación del Jubileo. Y en un comunicado final que hicieron público decían “que habían acordado que el Grupo mixto del CEI y del Pontificio Consejo para la unidad de los cristianos crearían un grupo reducido que se encargue de examinar en qué medida los responsables de la preparación conjunta de la Semana de oración podrían ocuparse de las celebraciones ecuménicas para el año 2000, estudiar las posibilidades de un reconocimiento mutuo del bautismo, profundizar en la eclesiología bautismal y lograr que al comienzo del nuevo milenio todas las Iglesias puedan celebrar juntas la Pascua, como signo de esperanza y de unidad”.

El comunicado conjunto terminaba diciendo: “Los valores del Jubileo, que son la reconciliación y el perdón, el arrepentimiento y la metanoia, la restitución y la reconstrucción, deberían alentarnos a superar las luchas de ayer, para dedicar todas nuestras energías a afrontar las cuestiones vitales y de supervivencia que se plantean hoy y seguirán planteándose mañana, a la luz del Evangelio de Cristo”<sup>25</sup>.

Sin duda que el empeño del Papa, manifestado en su convocatoria para la celebración del Tercer Milenio del nacimiento de Jesucristo, ha traído a las Iglesias aires de una gozosa primavera.

---

<sup>25</sup> Edward Cassidy, *Jubileo y Ecumenismo*, L'Osservatore Romano, 31 (2 agosto 1996) 8.